



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 2 de octubre de 1988

Durante este mes de octubre, en el que se celebra la fiesta del santo rosario, la Iglesia nos exhorta a reavivar en nuestro espíritu el amor a dicha plegaria mariana.

Quiero fijar la atención en este ejercicio piadoso, tan enraizado en el corazón del pueblo cristiano y tan recomendado por mis predecesores, los cuales favorecieron su difusión, ilustrando sus aspectos teológicos y espirituales, como oración de alabanza y de súplica. El Papa León XIII escribía en su Encíclica *Octobri mense*: "Si los fieles meditaran devotamente y contemplaran estos augustos misterios, en la forma debida, tendrían en ellos una ayuda admirable, tanto para alimentar la propia fe como para elevar y fortalecer el vigor de su espíritu".

Efectivamente, rezar el rosario significa introducirse en la escuela de María y aprender de Ella, Madre y discípula de Cristo, cómo vivir en profundidad y plenitud las exigencias de la fe cristiana –Ella fue la primera *creyente*– y de la vida eclesial, pues en el Cenáculo Ella fue el centro de unidad y de caridad entre los primeros discípulos de su Hijo.

2. En la recitación del santo rosario no se trata tanto de repetir fórmulas cuanto, más bien, de entrar en *coloquio* confidencial con María, de *hablarle*, de manifestarle las esperanzas, confiarle las penas, abrirle el corazón, declararle la propia disponibilidad para aceptar los designios de Dios, prometerle fidelidad en toda circunstancia, sobre todo en las más difíciles y dolorosas, seguros de su protección y convencidos de que obtendrá de su Hijo todas las gracias necesarias para nuestra salvación.

Recitando el santo rosario contemplamos a Cristo desde una perspectiva privilegiada, o sea, desde la misma de María, su Madre; es decir, meditamos los misterios de la vida, de la pasión y

de la resurrección del Señor con los ojos y corazón de quien estuvo tan cerca de su Hijo.

Seamos asiduos en la recitación del rosario tanto en las comunidades eclesiales, como en la intimidad de nuestras familias: él, con la secuencia de sus repetidas invocaciones, unirá los corazones, rescatará el hogar doméstico, fortalecerá nuestra esperanza y obtendrá a todos la paz y la alegría de Cristo nacido, muerto y resucitado por nosotros.